

LA LITERATURA INFANTIL: FACTOR DE PERSONALIDAD

Natalia Pikouch *

En la ponencia se destaca la importancia de la Literatura Infantil para el desarrollo intelectual del niño, su rendimiento escolar, la formación de la propia postura filosófica y la de los valores morales y estéticos. Todo ello se debe a que la Literatura Infantil es una alta expresión del arte, refinado por milenios a pesar de los intentos de los moralistas de turno por abolirla.

Empezar a hablar del tema es extremadamente difícil. Es enorme, impreciso y muy poco explorado. Los conceptos de la literatura, del niño y de la personalidad misma son muy complejos, sus límites son borrosos, no existe la unificación de los términos. "La Literatura" se define con alguna facilidad, ¿pero el "niño" y la "personalidad"? En cuanto a esta última, ¿qué es lo que nos va a ocupar: el intelecto, los valores morales, la fantasía, el humor o tantas otras cosas?

Y sin embargo, para los que hemos trabajado con la literatura infantil, es más que obvia la enorme influencia que ella ejerce sobre la personalidad, como quiera que se definiera esta última. Claro, las cosas obvias no necesariamente son ciertas y el propósito de cada ciencia, de cada investigación es desentrañar lo cierto, no importa lo obvio del asunto.

Como en cualquier estudio, la primera tarea es delimitar su campo. La segunda, ofrecer argumentos científicos comprobados para las tesis sustentadas dentro de él.

Conviene empezar por lo más fácil, por el término de "Literatura", pasando a la "Literatura Infantil". Si bien el término "Litera-

* Filóloga, Instituto Estatal Pedagógico de Idiomas Extranjeros, Kiev (URSS). Ganadora Premio Rafael Pombo, 1983. Especialista en Literatura Infantil y Rusa. Profesora de la Universidad de Antioquia, Departamento de Lingüística y Literatura.

tura" en general, aunque no posea una definición precisa, no ofrece equívocos; la "Literatura Infantil" de alguna manera misteriosa, se ha convertido en el *verteadero* para cualquier cosa, que, aunque lejanamente, tenga que ver con los niños (el concepto a su vez es muy impreciso) y no tenga ningún derecho al nombre de "Literatura".

Pero, vamos por orden. Aceptamos que la literatura es el arte verbal —viene la dificultad de la definición del arte— y la literatura infantil es la literatura asequible inclusive para los niños. Así, convinimos que la obra de arte, a diferencia de cualquier otra, se dirige a la mente y los sentimientos del autor o autores, a la mente y sentimientos del(os) receptor(es), o en otras palabras del consciente, preconsciente e inconsciente del autor o autores, a estos mismos tres estamentos del receptor o receptores, o sea público.

La obra de arte, a diferencia digamos, de la científica, es pluralente, sus múltiples mensajes se prestan a un sinnúmero de interpretaciones, no siempre sospechadas por el mismo autor, y... realmente, la teoría del arte sale por miles de kilómetros de nuestro tema.

Lo que nos importa ahora es que dentro de los marcos de la literatura, o sea *arte verbal* simple y llanamente, no caben ni los manuales de economía, por bien hechos que fuesen, ni las sinfonías, aunque fuesen de Beethoven, ni los cuadros de Leonardo. Esto está muy claro para la así llamada "*literatura adulta*", pero, contra toda lógica y hasta sentido común, en la categoría de la "*literatura infantil*", incluso libros con pretensión de seriedad, incluyen los manuales escolares, las tiras cómicas, el teatro de títeres, los periódicos para niños, los dibujos animados, programas infantiles en la T. V., y realmente, lo único que falta son los pañales.

Más de una vez la sorpresa ante tamaña catalogación, me ha obligado a sospechar la ignorancia de los autores de estos libros, pero creo que la causa radica en algo mucho más triste, a saber, el desprecio por los niños y lo infantil, pues a ninguno de estos autores se le ocurriría decir que el noticiero de la T. V. o la revista de modas sean literatura para adultos.

Aquí vamos a limitarnos a las obras de *arte* (¡fuera manuales, periódicos, enciclopedias, etc.!) *verbal* (¡fuera dibujos animados, cine, T. V., etc.!). Y este arte verbal tiene que ser accesible para niños. O sea, no importa para quién fuese escrita la obra, lo importante es que cierto número de niños la lean con gusto, lo que no quiere decir que los adultos no la lean.

En otras palabras, junto con Michel Tournier, decimos que

existen los libros únicamente para adultos (según él son incompletos) y los libros para todo el mundo, inclusive para niños (según Tournier libros de verdad buenos).

Ahora no nos queda otro remedio que definir al "niño". Ya que este concepto es cultural —todo el mundo sabe que una persona de seis meses de nacida es un niño, pero la de doce años en unas partes es niño, en otras es adolescente y en otras adulto—, aceptamos con cierta arbitrariedad que aquí, en Colombia, el niño sea una persona de menos de doce años de edad cronológica. Entonces la *literatura infantil sería el cúmulo de obras de arte verbal, cuya lectura o audición agrade a un alto número de personas de menos de doce años de edad.*

La tarea de definir a la personalidad es más difícil y peligrosa aún. La misma proliferación de las definiciones es la que se encarga de invalidarlas. Nosotros entenderemos que la estructura básica subyacente del individuo es la personalidad.

De manera artificial, pero funcional, examinaremos algunos aspectos de ésta, relacionados con el tema que nos interesa:

- La inteligencia, entendida como la capacidad de resolver individualmente el problema externo al individuo.
- El dominio del lenguaje, como la capacidad de comprender el lenguaje de otras personas y la de expresar uno mismo lo más precisamente posible los propios sentimientos y pensamientos.
- El nivel de desarrollo estético, como la capacidad de comprender y disfrutar de la belleza, lo mismo que la de expresarla.
- El equilibrio psicológico, como la capacidad de resolver los problemas internos.
- El nivel del desarrollo filosófico (concepto, tal vez desafortunado, que, creo, se inventa por primera vez).

Sobra decir, que todos estos aspectos están tan íntimamente ligados entre sí que es prácticamente imposible trazar las fronteras de cada uno, pero la división es necesaria en aras del funcionalismo.

Agreguemos, que la que escribe se ha especializado en la literatura infantil y las opiniones relacionadas con la psicología, filosofía, antropología, etc., son de la responsabilidad de los autores, que no dejarán de citarse. La relación entre algunos aspectos de la personalidad y la literatura infantil ya cuenta hoy en día con el análisis causal mientras otros han sido objeto únicamente del análisis descriptivo.

La inteligencia del niño es uno de los aspectos de la personalidad a cuyo estudio se han dedicado los científicos más brillantes y destacados de muchos países. Empecemos por el estudio de Luria, de la relación entre el lenguaje y el desarrollo mental del niño ⁽⁵⁾. Sin lugar a dudas el científico soviético demuestra que el lenguaje influye de una manera directamente proporcional sobre el desarrollo de la inteligencia.

En los experimentos más bien sencillos, pero irrefutables, Luria y sus colaboradores han demostrado que las palabras dejan sus marcas eléctricas en la corteza cerebral del individuo y al comparar el funcionamiento de estas marcas en personas normales y subnormales se estableció, que en las normales lo que importa es el significado de la palabra, mientras que en subnormales es el significante. O sea, si se condiciona a alguien a reaccionar de cierta manera ante la palabra "tapia", de manera parecida se reacciona ante la palabra "pared", si se es normal y la palabra "tapir" si se es subnormal.

Las zonas semánticas de las palabras forman en el cerebro humano una complejísima red de interinfluencias, la red que refleja precisamente las interrelaciones entre los objetos y fenómenos en el mundo. Es imposible aislar el pensamiento del lenguaje, lo que es posible hacer es reflejar el pensamiento en el lenguaje y desarrollar el lenguaje y por medio de él, el pensamiento.

Ahora miremos qué atención se presta actualmente al desarrollo del lenguaje. Corrientemente hoy en día, en la educación colombiana realmente lo que se hace, es muy poco o nada. La que escribe tiene el honor de pertenecer al grupo de investigación acerca del tema, hace poco iniciada por la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia (la investigación es adelantada por Irma Isaza R., Luis Eduardo Villegas P., y Natalia Pickouch). En lo poco que ha corrido desde el inicio de dicha investigación, se alcanzó a establecer el nivel pobrísimo en cuanto al lenguaje de las cartillas de lectura que se utilizan hoy en día en Colombia. No es que en las cartillas se utilicen muy pocas palabras —se encontró una cartilla con 1950 palabras— sino que precisamente: 1) hay muy pocos campos semánticos, o sea muchos sinónimos, pertenecientes al mismo campo; 2) las relaciones entre estos campos semánticos son unilaterales, repetitivas, pobres. Todos conocemos "Mi mamá me mima, Mi mamá me ama, Amo a mi mamá, Mamá ama a Memo", etc., etc., hasta enloquecer. Pero esto no es lo más grave. Lo más doloroso es que el dominio del lenguaje en la escuela es entendido única y exclusivamente como lecto-escritura y no como nosotros lo definimos anteriormente. La palabra que antes de primaria

servía para tantas cosas: para expresarnos, comunicarnos, jugar, disfrutarla, se convierte en primero de primaria en una cosa fría, sin alma y peligrosa.

Hay que aprender a descifrar signos pintados, para obtener como premio: "Mamá ama a Memo". Donde menos se desarrolla el lenguaje es precisamente en las clases de lenguaje. El escolar enriquece su lenguaje en la casa, en el parque, en las clases de ciencias, de educación física, pero no en la de español. Y si el medio en la casa o en el parque no es propicio para dicho desarrollo, ahí tenemos este problema tan de moda actualmente en Colombia, etiquetado de manera poco comprensible: "dislexia". Nadie sabe concretamente qué es esto, pero se entiende como la poca capacidad de comprender el lenguaje ajeno y de expresar sus propios pensamientos. O sea, lo inverso del dominio del lenguaje. Realmente es titánico el esfuerzo de los especialistas para combatir la "dislexia", pero parece que se olvidaron de lo más evidente: dar la oportunidad a los niños de formar esta red de interdependencias lingüísticas por el medio más fácil y antiguo: el de *arte verbal* y hablamos de arte verbal independientemente de que sea oral o escrito (más adelante abordaremos el problema de la lectura). Hay sociedades donde la "dislexia" prácticamente es desconocida. Son las culturas con la tradición oral muy desarrollada y con un gran respeto y amor por la literatura infantil. Como ejemplo, tomemos la Unión Soviética, donde el niño al nacer, se sumerge en el océano del lenguaje en su forma más afectiva, la de canciones de cuna, poemas y cuentos infantiles, de manera que únicamente el retraso mental congénito puede producir la "dislexia".

Veamos, cuán injusta es la escuela con el niño colombiano (lo mismo, por ejemplo, con el norteamericano).

Desde los primeros años de primaria, se le explica al niño la teoría sobre el lenguaje: Los sustantivos son estos, los sinónimos son aquellos; pero el material sobre el que se explica, la práctica del lenguaje mismo es pobre en calidad. Es como si exigiéramos que alguien aprendiera a nadar en una piscina donde hay dos dedos de agua. La situación es tanto más absurda si nos percatamos de la riqueza lingüística que ofrece la literatura infantil. Esta adquiere el status del arte precisamente en virtud del equilibrio de sus elementos lingüísticos, además de otras cualidades, como arte verbal que es, la literatura infantil es la forma más compleja y elaborada del lenguaje asequible para los niños.

Es desesperante ver cómo se busca la cura para el daño que la misma escuela no renuncia a causar diariamente con su desprecio por la literatura. Creer que todo maestro es capaz de ofrecer la riqueza

za lingüística equiparable a la "Caperucita Roja", por ejemplo, es tan iluso como pensar que todos podemos componer como lo hizo Beethoven.

Si el maestro narra a sus alumnos o les lee obras literarias y lo hace con afecto tanto por la literatura como por ellos, es muy probable que la "dislexia" desaparezca como el problema de la educación nacional.

Hasta ahora hablamos del lenguaje sin discernir entre el oral y escrito. Pero el lenguaje escrito de por sí constituye un enorme, tal vez el mayor, problema de la educación actual. La barrera de la lecto-escritura es una de las pruebas más trascendentales en la vida humana. Algunos la superan sin dificultad y al adquirir así la confianza en sus fuerzas intelectuales tienen ante sí el camino del estudio y de las ciencias, abierto, otros no la superan nunca, pierden la fe en sí mismos y el interés en el estudio y el mundo intelectual les queda vedado.

La campaña "CAMINA" reveló una cifra tenebrosa: tres millones de colombianos olvidaron la lectura y la escritura por desuso. ¡Tres millones de personas que aprendieron a descifrar los signos escritos, pero les pareció tan poco atractivo que prefirieron olvidarlo! Estas cifras, unidas con el dato del ICFES de que 65% de los egresados de la escuela primaria colombiana no saben leer y escribir lo suficiente para afrontar las exigencias del bachillerato, son señales de alarma para toda la educación primaria.

Según el libro de Bettelheim y Zelan "Aprender a Leer" en el aprendizaje de lectura se distinguen dos etapas, cada una de las cuales debe superarse gracias a la motivación interior del alumno. La primera es el aprendizaje de decodificación del significante. Se aprende a qué sonido o sonidos se traduce cada signo escrito, se les junta y listo: "ma-má" generalmente la gratificación es inmediata —es muy satisfactorio poseer nueva habilidad y los adultos la celebran mucho— y toda persona normal lo aprende a hacer. La segunda etapa es la decodificación y la comprensión, la "digestión" del significado de la lectura por decirlo así. Generalmente el significado de una frase no es la simple suma de los significados de las palabras, ni el significado de un artículo es la suma de los significados de las oraciones que lo componen, sino que allí aparece aquella compleja interrelación de la cual ya hemos hablado.

En muchos casos —según las estadísticas del ICFES en el 65% de los casos— ésta es la etapa que no se supera nunca. Queda claro que la primera causa puede ser el deficiente dominio del lenguaje

oral, pero, si ésta se descarta, ¿por qué hay niños inteligentes que no aprenden a leer? Bettelheim y Zelan dicen (y nosotros tendemos a estar de acuerdo) que la causa estriba en la pobreza del significado de la primera lectura.

Regresemos a nuestro "Mamá ama a Memo". La decodificación de las letras y palabras representan suficiente esfuerzo, la atmósfera creada alrededor del aprendizaje de la lectura es suficientemente prometedora como para recibir un premio mejor que el eterno "Memo". El niño piensa más o menos así: "Mi mamá es inteligente, la maestra es inteligente, el autor del libro es inteligente y todos ellos dicen que es muy bueno e importante leer. A mí me parece 'Mamá ama a Memo' una inmensa bobada, pero no puede ser, simplemente me parece, porque el bobo soy yo. Además, leer esta frase no es tan fácil, entonces no vale la pena esforzarse, porque o lo que se obtiene son bobadas o uno se siente muy bobo". Así, el niño pierde fe en sus fuerzas mentales y en vez de la gratificación, en vez de la satisfacción interior obtiene un disgusto muy profundo. Como consecuencia rehuye esta situación en la cual él se siente disminuido, y pierde interés por el estudio.

Como después de "Memo" sigue "Dan corre a la carrera" y "Dame tu mitón" la situación se repite, hasta que el niño se convenga de su idiotez y como se dice "se aburra estudiando". No vale la pena decirle que dentro de diez años le pesará, que es muy importante estudiar en la universidad o que el estudio se tornará atractivo. Para un niño de 6 a 10 años, el término de un año es igual a un siglo. La satisfacción de descifrar el contenido la debe proporcionar únicamente el contenido mismo. No se aprende a leer por falta de motivación interna, y la motivación no existe porque el material de lectura es tan pobre que no puede proporcionarla.

Verdaderos ejércitos de estudiosos y entusiastas tratan de solucionar el problema del analfabetismo funcional, mejorando la metodología de la enseñanza de lecto-escritura. Parten del supuesto de que el material de primera lectura es demasiado difícil, de que los niños necesitan otras formas más amenas del aprendizaje, etc., etc. No vamos a discutir aquí la metodología, pero lo cierto es que en las actuales circunstancias la mejor metodología del mundo es el estímulo externo a la lectura y puede lograr otros muchos fines, pero no provocar el interés por "Dame tu mitón". Mientras más insistamos al niño en la importancia y el placer de la lectura de "mitón" mayor será la contradicción entre lo que él ve y siente y lo que debería sentir al respecto.

Sólo un niño verdaderamente estúpido pudiera entusiasmarse

con algo tan tonto. O sea, la escuela en su afán de mejorar las cosas simplificando el texto, las empeora más y más.

Volviendo a las comparaciones deportivas, queremos que los muchachos se conviertan en campeones de ciclismo entrenando en una bicicleta estacionaria. Observando la situación del analfabetismo funcional en otros países —esos datos también fueron estudiados por Bettelheim y Zelan— vemos que en los EE. UU., el panorama es igual a Colombia, o peor ya que no hay disculpa del subdesarrollo, mientras en los países del viejo mundo el fenómeno es mucho menos grave, y en algunas partes prácticamente no existe. La diferencia la constituye no tanto la metodología —los norteamericanos y los soviéticos hacen muchísimo esfuerzo por mejorarla— como el material de primera lectura. Mientras en el nuevo mundo este material se simplifica constantemente, en Europa y Asia, donde la gente se enorgullece tanto de su tradición cultural, los textos de las cuartillas de lectura permanecen invariables por generaciones. Por ejemplo, se puede estar seguro de que algunos textos clásicos, provenientes de las obras de grandes escritores, tales como Puschkin o Tolstoi serán estudiados invariablemente por los bisabuelos y bisnietos.

Más adelante hablaremos de la influencia de la tradición cultural, pero lo que está claro ahora, es que un texto de Tolstoi ofrece a un niño de primaria un incentivo para leer mucho mayor que el bendito “mitón”.

El esfuerzo que requiere el aprendizaje de la lectura, debe valer la pena por la satisfacción interna e inmediata que proporcione la lectura y esa satisfacción deriva de saberse inteligente y de descubrir secretos de los adultos. Bettelheim, trae el ejemplo de niños judíos ortodoxos que aprenden a leer sobre el texto del “Génesis”. En esa primera lectura de su vida —dificilísima por cierto— se equiparan con los adultos más sabios y tienen oportunidad de ofrecer su propia interpretación del Libro Sagrado. El analfabetismo funcional no existe en esa comunidad. Siempre he creído que si se ofreciera a los niños o preadolescentes analfabetas funcionales, un texto que les descubriera los secretos de la sexualidad humana —no la mera fisiología, sino las razones para las conductas sexuales y en términos no muy complicados, la mayoría de ellos lo leerían y entenderían a la perfección, porque el esfuerzo valdría la pena.

Los autores de las cartillas de la primera lectura, con la mejor intención del mundo, año tras año, perfeccionan la metodología de las mismas, la lectura fonemática, la silábica, la global y todas las posibles combinaciones de las mismas, pero no prestan atención al contenido profundo del material de lectura. Y no es culpa de ellos.

Los estudios sobre el tema son muy recientes y poco difundidos, prácticamente ignorados. En las culturas donde existe una vieja tradición sobre el material de primera lectura, como en Europa y Asia, se sigue ésta con toda naturalidad y como los resultados son muy satisfactorios, no se la cuestiona. En cambio en América, donde la tradición todavía no ha alcanzado a formarse, la afición de los europeos por la Cenicienta, o de los asiáticos por el Rey de los Simios, parece tan ingenua, tan poco científica, que no es fácil creer que tenga más importancia que los métodos novedosos de la enseñanza de la lectura.

Sin embargo, los que hemos estudiado y trabajado con la metodología de la enseñanza de cualquier saber o habilidad, sabemos bien que los métodos son importantes siempre y cuando se basen en el presupuesto de la motivación interna del alumno, de su interés por aprender. Particularmente yo creo que no existe una metodología de la enseñanza, que con bailes o pasteles obligue a una persona a aprender lo que le provoca aversión. Pueden gustar los pasteles, pero no lo que se enseña con su ayuda.

La primera y la más lógica objeción a todo lo dicho, es que la motivación, el interés por la lectura deben formarse en casa. Y esto es muy cierto, pero, desafortunadamente sabemos que no siempre es así, y además ahí está el problema: los padres, que no son buenos lectores, si dicen a su hijo que la lectura es útil y necesaria, dan ejemplo de todo lo contrario y, cuando llega el momento de que el escolar pruebe por sí mismo si es tan útil, se encuentra con nuestro viejo conocido "*mitón*", lo que prueba la inutilidad de la lectura o, lo que es peor, la estupidez del muchacho. La única forma por la cual el "*mitón*" no ejerza su nefasta influencia, es que antes de encontrarse con él, el niño haya conocido y disfrutado los verdaderos libros, no necesariamente los haya leído, sino más bien, ya haya sabido que las maravillosas, entretenidas o terroríficas historias que tanto le gustaban, están consignadas en los libros y no nacen del cajón televisivo. Así el niño sabrá que si bien existen libros aburridos, los hay también muy interesantes.

De manera que los aburridos ejercicios de la cartilla no son malos en sí, ni la cartilla es mala por sí misma, sino que el muchacho que se encuentra con la lectura por primera vez, debe saber, y por experiencia, que después de la tortura, si se trabaja con ahínco, se puede disfrutar de la lectura. Como el niño que empieza a estudiar el violín y debe pasar horas de ejercicios tediosos, triunfa únicamente si conoce y gusta de la interpretación del violín por los grandes músicos. El sabe a qué quiere llegar y para qué, mientras nuestro

analfabeta funcional no lo sabe. Y la razón más válida para hacer el esfuerzo del aprendizaje de la lectura es, precisamente, el acceso al mundo de la literatura que le gusta a uno. Allí el trabajo se verá recompensado por el intenso placer de descubrir los secretos de los adultos, de saber el porqué de algunos comportamientos humanos que son completamente imposibles de conocer en la familia o en la escuela, se encontrará el alivio a las propias angustias, las angustias que son imposibles de identificar, pero no por eso se dejan de sentir; en el mundo de la literatura uno se divertirá tanto con la risa, como con el miedo... En una palabra, se hará más persona. Y el crecimiento interno, aunque pueda ser doloroso, es uno de los placeres más grandes que le es dado obtener a un ser humano.

O sea, en este caso, el remedio más antiguo y el más sencillo, es el mejor. La literatura infantil, tanto clásica como moderna, tiene obras de la más refinada calidad, de la probidad absoluta, de la eficacia infalible, capaz de proporcionar este placer a todos y cada uno de los niños de culturas muy distintas.

Me atrevería a decir, que el contacto temprano con la literatura infantil de alta calidad, se asemeja mucho a la panacea en cuanto al analfabetismo funcional. Las condiciones que se imponen en este caso son:

- a. El gusto de la persona, que introduce a los niños en la literatura por la obra literaria que narra o lee.
- b. Su afecto hacia los niños en cuestión.
- c. La calidad artística de las obras literarias.
- d. La frecuencia suficiente de los contactos entre los niños y las obras literarias.

Si estas condiciones se cumplen, podemos estar seguros de que el analfabetismo funcional disminuirá, si no desaparecerá por completo (los datos estadísticos sobre dicha relación, se pretende obtenerlos en la investigación que mencionamos).

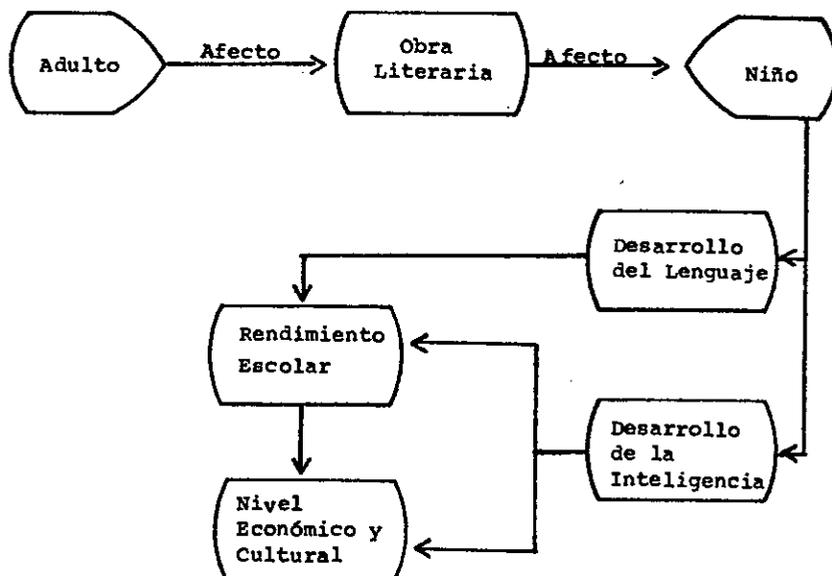
Y si el analfabetismo funcional es superado, los beneficios lógicos son:

1. El rendimiento escolar —ya que la mayoría de las veces las matemáticas o la geografía se pierden, no por otra causa, sino por la incapacidad de entender la pregunta del manual y la imposibilidad de obtener la información del libro;
2. La elevación del nivel de escolaridad y, por ende, el socioeconómico.

3. El cambio de estilo de vida, gracias al crecimiento del nivel cultural...

En fin, podríamos arriesgarnos a decir, que la "Caperucita Roja", es capaz de cambiar el destino de un hombre y hasta de una sociedad.

Trataré de hacer un esquema burdo:



Realmente, el esquema es burdo, pero en la vida real el resultado es hermoso.

Sin duda, aparecen objeciones a esta aseveración tan atrevida: Que eso no es fácil, que el desarrollo, que la pobreza, etc., etc. Pero, en 1986, la diferencia entre un país desarrollado y uno subdesarrollado, en primer lugar radica en la posesión y el manejo de la información científica y técnica. Colombia en comparación, por ejemplo, con el Japón está en una posición, desde el punto de vista de recursos naturales, más que ventajosa. Pero Japón es potencia, y Colombia tiene que importar hasta tuercas para los carros que ensamb'la. Mientras tanto la información científico-técnica, a excepción de la involucrada en la guerra, está al alcance físico de cualquier persona del mundo. Cada uno de nosotros puede obtener muy rápidamente y a bajo costo los libros y documentos referentes a cualquier tema no

estratégico, de las bibliotecas y los centros de información científica del mundo. Desgraciadamente, no nos serviría de nada, ya que no seríamos capaces no sólo de aprovecharla, sino de entenderla. Si se forma una élite intelectual en el país, la situación cambia radicalmente.

Desde luego, sería muy ingenuo creer que con elevar el nivel intelectual de nuestros niños, solucionaríamos todos los problemas; existen impedimentos económicos, sociales, etc., pero sí se avanzaría mucho en la sociedad y sobre todo, cambiarían las vidas individuales.

DESARROLLO ESTETICO

Creo que no hay necesidad de insistir demasiado sobre el tema, puesto que la influencia del arte sobre la sensibilidad de una persona, máxime una persona muy joven, es más que evidente. Todos sabemos que los primeros años, hasta meses y días, son fundamentales en la formación de la personalidad. El contacto con la obra artística, su disfrute, son los que enseñan al futuro adulto a reconocer y a sentir la belleza, pero también todos sabemos que la educación estética no es lo que marcha mejor en estos momentos en Colombia. Teniendo oportunidades de observar a diario los paisajes desgarradoramente hermosos, más de un colombiano medio encuentra la belleza únicamente en un carro último modelo, en un equipo de sonido, un vestido, una concursante en Cartagena, o una discoteca.

Hay mucha gente en el país que trabaja con ahínco en favor de la educación estética. Se trata de las academias de pintura, del teatro de títeres, primarias musicales. Todo ello es magnífico, pero es una gota en el océano de la insensibilidad artística. Y, para acabar de ajustar, del arte verbal sí que se acuerdan poco. Y no se trata de estimular los talentos literarios del niño, que es otro problema y de él hablarán otras personas, sino de enseñar a los niños a obtener placer de la percepción del verbo.

Claro, los niños preescolares ya conocen este placer. ¿Se acuerdan de todas las "éticas-peléticas" y "Del cielo cayó un bombillo"? El niño es la única cría que tiene este juguete —la palabra—. Desde los 3-5 meses de nacido empieza a disfrutarlo, a jugar con lo que le dicen y con lo que él es capaz de pronunciar y coordinar. Los niños con suerte tienen este juguete en abundancia y de una gran riqueza lingüística y emotiva (canciones de cuna, rimas, juegos verbales,

poesías, cuentos, novelas), los desafortunados poseen menos, pero, de todos modos, generalmente saben aprovecharlos. Así nace el folclor infantil —rimas, chistes, conteos, canciones— que se aprenden de los niños, y pasan de generación infantil a otra, modificándose constantemente, pero siempre conservando su esencia. Algunas de estas obras son anteriores al descubrimiento de América, y los niños de hoy siguen jugando con ellas.

Por ejemplo:

A la cinta, cinta de oro,
a la hoja de laurel.
En el camino me han dicho:
—¿Cuántas hijas tiene usted?

Y otras de carácter novísimo:

Zum, Zum
de la juventud
me acompañarás
a cualquier lugar
con la pepsi, pepsi, pepsi
con la cola, cola, cola
con la
¡Pep-si, co-la!

Antes de entrar en primaria, el niño tiene la confianza con la palabra, ella le dice mucho y le permite hacer muchas cosas con ella: jugar, retorcerla, desfigurarla, invertirla, acortarla, alargarla, en fin, darle uso creativo. En primero de primaria la situación cambia. No se puede jugar más, únicamente hacer ejercicios aburridos y poco comprensibles, la palabra no es más una amiga ni un juguete, ni un organismo vivo, es una cosa seca y con espinas, si uno muestra demasiada confianza, pincha.

La calidad artística del "mitón" no requiere comentarios y el niño se acostumbra a pensar que la belleza no se encuentra en el verbo. ¿Por qué no se le enseña a los niños a leer y a escribir, con ayuda de obras de arte literario? Se me antoja, que a causa de un moralismo hipócrita. Antes se estudiaba con los Evangelios, pues era el libro más importante. Pero los Evangelios son a la vez una grandiosa obra literaria. Ahora quedó el moralismo implícito en aquellas enseñanzas, pero ni rastros del arte.

Se trata de maquillar esta ausencia con ayuda del dibujo, pero es un terreno completamente diferente, y en el afán de mejorar la presentación del libro de primera lectura, crece la cantidad y la ca-

lidad de las ilustraciones, mientras disminuye la calidad artística del texto. De manera que la imagen visual resulta mucho más rica e importante que la verbal. El contraste entre ellas desfavorece aún más al texto.

Debemos recordar que la palabra es la conquista más grande y exclusiva de la humanidad. Oímos, vemos, olemos, mucho peor que los animales, y somos humanos únicamente gracias al lenguaje.

El poder humanizador de la palabra radica en su carácter abstracto y es obvio que la traducción de la palabra a las imágenes concretas de la ilustración —de la tira cómica, del dibujo animado, del libro recargado de dibujos— mina este poder. El ejemplo más clásico y más elemental, es el siguiente: Si cien personas diferentes oyen “mamá está en casa”, se imaginan a cien diferentes señoras en diferentes casas, pero si les mostramos la lámina, evidentemente es una sola señora (que no es mamá de ninguno de ellos) en una sola casa.

Por eso la “Blancanieves” de Disney, puede ser divertida y bien hecha, pero nunca será mágica como la de los hermanos Grimm.

La literatura infantil clásica es el arte refinado por milenios, depurado por generaciones y si llegó de boca en boca a nuestros días, fue precisamente en virtud de expresar artísticamente los sentimientos y aspiraciones humanos más esenciales, comunes a cada persona.

Son en verdad ridículas las acusaciones de la sociología burda, relativas al carácter clasista o machista de los cuentos antiguos. En primer lugar, los cuentos expresan las relaciones sociales que existían cuando ellos se originaban; en segundo lugar, la literatura, lo mismo que todo el arte universal, se verían diezmados, si desecháramos sus obras en virtud de la ideología moderna. Entonces deberíamos renegar de Homero y Shakespeare. Estas acusaciones son provocadas no tanto por el ardor ideológico, como ¡de nuevo! por el desprecio hacia los niños. Como quien dice:

“Nosotros los grandes, disfrutaremos de las obras poco recomendables, con tal que sean bellas, mientras ustedes, los chicos, deben contentarse con la obra insulsa, con tal que sea provechosa desde nuestro —adulto— punto de vista”.

Y para saber que el arte conmueve, sacude, llega, únicamente si refleja la verdad, si es provechoso para el sentir y el pensar humano. Pues sentir alegría, terror, ternura, descubrir la belleza trae un enorme beneficio al hombre.

La literatura es una fuente inagotable de este beneficio, del aprendizaje, de la sensibilidad, de la fantasía, del conocimiento.

Conocer el mundo con el corazón, abordar al ser humano en sus sentimientos y problemas, encontrar la belleza de la vida no se enseña en ninguna materia del currículo, pero sí en el arte. Y la literatura es el arte más vasto y accesible, pues para llegar a él es suficiente con conocer la palabra. Veamos cómo nos descubre García Lorca, la belleza y la alegría insospechadas en un día de verano:

Agosto.

Contraponientes
de melocotón y azúcar,
y el sol dentro de la tarde,
como el hueso en una fruta.

La panocha guarda intacta
su risa amarilla y dura.

Agosto.

Los niños comen
pan moreno y rica luna.

El artista posee la sensibilidad hacia la belleza superior a la normal, como si poseyera un ojo más, con la vista mucho más penetrante que los dos nuestros, y si nos muestra lo que descubre con la ayuda de este tercer ojo, nosotros también aprendemos a verlo. Y luego podemos distinguir lo hermoso entre las trivialidades o amarguras, nuestro tercer ojo empezará a formarse.

Como en todo para el ser humano el aprendizaje más exitoso se realiza en la infancia. La persona que desde pequeña haya tenido la fortuna de que le descubrieran la belleza del mundo, nunca lo olvidará, nunca perderá esta capacidad, poseerá los sentidos más que humanos, tendrá el acceso a la fuente de la felicidad.

He hecho una investigación de las biografías, sobre las cuales hay información, de los grandes escritores. En todas, en absolutamente todas, se hace énfasis en los cuentos o poemas que se escucharon o se leyeron en la infancia y adolescencia. Si no se menciona el hecho, es porque no se sabe nada de la infancia del famoso.

Las páginas más bellas de la obra de Tolstoi y Gorky, se refieren a la magia de los cuentos oídos en la niñez. El aya más célebre en la literatura universal es la de Puschkin, porque lo introdujo en la literatura infantil, y las palabras más fervientes sobre la niñez de Goethe y de Andersen, son las que evocan los cuentos de hadas. Mozart, no sería Mozart, si no hubiera escuchado la música antes de

nacer, y si su padre no le hubiera descubierto el mundo encerrado en la música.

Pero no nos estamos proponiendo cultivar nuevos Tolstoi. Cada uno de nosotros es un poco Tolstoi si se sacude con "Ana Karenina" y un poco de Mozart, si vibra con "Don Juan". Tenemos algo de genial si accedemos a la obra del genio. Esta genialidad somos capaces de formarla en los niños, y es la más importante, pues es ella la que da felicidad a la gente común.

Ahora hablemos un poco de la fantasía, que tiene que ver tanto con el intelecto como con la estética. La fantasía, la imaginación, un tema intrincado, complicadísimo. Simplifiquémoslo en aras, como siempre, de lo funcional. Si aceptamos la definición pragmática, de que *la fantasía es la manera original, insólita, de combinar los elementos de la realidad conocida*, nos sirve de maravillas.

Auténticas nubes de pragmáticos se han opuesto a lo largo de los siglos a la fantasía (será porque no conocían esta definición) y no pensaban que una simple silla no pudo construirse sin haber existido una forma de fantasía en la cabeza de su inventor. No hay manera de conocer ni modificar la realidad que no sea a través de la fantasía, como tampoco hay posibilidad de tener fantasías que no sean construídas con los elementos de la realidad (el ejemplo más clásico es el de la sirena. Existe la mujer, existe el pez, si los combinamos, tenemos una sirena).

Pido disculpas por repetir lo que todos, con seguridad, conocen, pero me mueve la necesidad de refutar los ataques de algunos opositores (por suerte nunca autores de libros sobre literatura infantil, sino los padres o pedagogos) de los cuentos de hadas por ser demasiado fantasiosos y por alejar al niño de la realidad. Pero ¡si lo que más hace es, precisamente, la fantasía!

La capacidad de fantasear es la cualidad más creadora del hombre; toda la ciencia y todo el arte mundial se deben a la fantasía, la realidad de hoy es la fantasía de ayer y la fantasía de hoy es la realidad de mañana. Además, en cada una de nuestras vidas individuales, la fantasía es el eje de la existencia, si nuestra capacidad de fantasear es vigorosa podemos crear un cuadro o inventar un nuevo aparato, si es débil, no desarrollada, fantaseamos con ganarnos una lotería.

El niño nace con la predisposición para la fantasía, como para tantas otras cosas, y, como tantas cosas, esta capacidad es ahogada por la familia y la sociedad. El único resquicio que le queda es el arte

y aquí sí hay la necesidad de arremeter contra el escamoteo de esta posibilidad por parte del arte comercial. La tira cómica, los dibujos animados, aunque estén hechos de la mejor forma posible, reducen considerablemente el potencial de la fantasía que hay en el arte verbal. La palabra nos permite elaborar las imágenes visuales, auditivas, olfativas, táctiles, según nuestro antojo, ponerle a la princesa o a la bruja el rostro que más nos parezca, mientras que la princesa dibujada por Disney siempre llevará el rostro que él le puso, y no el de la niña que está viendo la película.

De ninguna manera estoy en contra de la pintura. Es un arte maravilloso y en favor de él se puede decir tanto como en favor de la literatura, lo que sí es inadmisible es sustituir o ap'astar la imagen verbal por la visual.

La fantasía, como cualquier capacidad necesita estímulo y ejercicio para desarrollarse y como todos sabemos, la infancia colombiana muy raras veces recibe este estímulo. Con mucha, con demasiada frecuencia el niño oye "¿Qué estas fantaseando?, ¡Pónete a hacer algo útil!". ¡Y lo dice la mamá o la maestra, cuya única razón de vivir es la fantasía de ser feliz en el futuro! La persona que no es capaz de fantasear, en realidad, no tiene ningún refugio contra el dolor, ningún arma contra la angustia. No es de extrañar, que una fantasía raquítica y desnutrida necesite un combustible artificial, como alcohol o droga, para llevar a su dueño a los terrenos donde la felicidad es posible. Tal vez, sea anticientífico afirmar que la literatura infantil, como caldo de cultivo de la fantasía, se convierte en la vacuna antidroga, pero ciertamente, el que sea capaz de volar en su imaginación y alcanzar las cimas de la dicha en su fantasía, no necesita medios artificiales para lograrlo.

En verdad, la única manera de ser feliz es fantaseando que se lo es. Y se aparta de la realidad no por exceso de la fantasía, sino por su falta.

La imaginación es tan necesaria en las matemáticas como en la música (acordémonos que los más grandes físicos de comienzos de siglo no fueron capaces de comprender la teoría de la relatividad, mientras los escolares sí pudieron; la teoría de Einstein, que de niño recibía muy malas notas en ciencias exactas por ser demasiado fantasioso).

En realidad, todas las materias del currículo escolar podrían y deberían ser acicates de la fantasía —material sobra— pero, desgraciadamente, el enfoque de la enseñanza las convierte en todo lo contrario. Quiero citar aquí un verso muy bello de Antonio Machado:

Se miente

- por la falta de imaginación.
- También se puede
inventar la verdad.

Triste la mentira ésta.

Por suerte, la literatura infantil tiene el derecho a la fantasía indiscutible y a la pregunta: "¿Los dragones existen?", un adulto cuerdo contesta: "En los cuentos sí".

Creo, que ahora lo mejor es dejar la discusión sobre el tema de la fantasía de ustedes y pasar al...

Equilibrio psicológico, un término doméstico, que no pretende la validez científica. El tema corresponde a los dominios de la psicología profunda, psicoanálisis y psiquiatría, y de ningún modo estoy intentando dar a entender que sepa de estas disciplinas tan respetables.

Con seguridad, la literatura especializada en los estudios de la siquis posee suficiente material relativo a la literatura infantil, pero yo no conozco mayor cosa. Son ampliamente difundidos el libro de Bruno Bettelheim "El psicoanálisis de los cuentos de hadas" ⁽²⁾, el de Marc Soriano "Los cuentos de Perrault, Erudición y Tradiciones Populares" ⁽⁷⁾ y el de Jacqueline Hcid "Los niños y la literatura fantástica" ⁽³⁾ y por el momento, podemos basarnos en ellos. Bettelheim se ha constituido en uno de los mayores abanderados de la literatura infantil, como punto de apoyo del equilibrio emocional del niño. En el libro mencionado el psicoanálisis alemán-americano ofrece el análisis de los cuentos clásicos más amados por los niños de la cultura occidental. El autor sostiene que el cuento clásico (como "La Cenicienta" o "El gato con botas") es el trasmisor más efectivo, equiparable únicamente con el afecto materno o paterno, del profundo significado de la vida de una generación a otra, que el cuento de hadas ofrece al niño la oportunidad única de: "comprenderse a sí mismo no a través de conceptos éticos abstractos, sino mediante lo que parece tangiblemente correcto y, por ello, lleno de significado para el niño" (p. 12).

Según Bettelheim, los cuentos, "al hacer referencia a los problemas humanos universales, especialmente aquellos que preocupan a la mente del niño, estas historias hablan a su pequeño yo en formación y estimulan su desarrollo, mientras que, al mismo tiempo, liberan al preconscious y al inconsciente de sus presiones. A medida que las historias se van descifrando, dan crédito consciente y cuerpo a las pulsiones del ello y muestran los distintos modos de

satisfacerlas de acuerdo con las exigencias del yo y del super-yo", (p. 13).

La literatura infantil tradicional permite al niño establecer el orden, y orden no traumático, en su mundo interior caótico, donde la necesidad de ser bueno, según las exigencias de sus padres, choca con los deseos "malos" y las conductas "malas" tanto de él mismo, como de los padres, cuyos actos muchas veces contradicen el concepto del bien, inculcado por ellos mismos.

Esta situación caótica, este desgarramiento entre lo que "debe ser" y lo que "es" atormentan al niño y lo pueden llenar de terribles angustias, que si no se solucionan, dejan estragos por el resto de la vida, y, lo que es más grave aún, afectan a las futuras generaciones. Bettelheim equipara los cuentos tradicionales mágicos al psicoanálisis empírico, que había comprendido la mente humana mejor que muchos científicos.

Como ejemplo tomaremos el psicoanálisis del cuento "Blancanieves" hecho por Bettelheim. En dicho cuento la madre de la hermosa niña muere y el padre se casa con una mujer bella pero mala, una bruja envidiosa del atractivo de su hijastra. Gracias a esta envidia, la bruja-maestra, persigue a la niña hasta la muerte y ordena asesinarla. Al no lograr su propósito, la intenta envenenar varias veces hasta que la niña queda medio-muerta, o más bien en un sueño letárgico que semeja la muerte. Mientras tanto, el padre bondadoso y justo, extrañamente no se da cuenta de nada y queda cruzado de brazos. Todos los problemas de la niña terminan cuando aparece el príncipe y con un beso conjura la desgracia.

Según Bettelheim, "Blancanieves" es la representación del conflicto edípico que viven los niños a la edad de 4-6 años. La muerte de la madre buena y su cambio por la malvada madrastra representa el cambio de la actitud de la niña hacia su progenitora. La madre amada empieza a ser odiada por competir con la niña (más joven y hermosa) por el cariño del padre que ignora el problema. La niña se siente terriblemente culpable por este odio y la única manera viable de superar esta culpa es creyendo que es la madre la que odia a la niña, y no viceversa. Pero ¿cómo puede una madre amorosa empezar a odiar de pronto a su hija? Muy sencillamente: la madre ya no es la madre, sino una bruja que la sustituye con maleficios.

Ahora todo está bien, la niña está a salvo de sentirse perversa, ella no tiene ninguna culpa. Todo lo desagradable que le pase a la niña, todos los sufrimientos por verse desplazada en el afecto de

su padre, se atribuyen a las brujerías de la madrastra, que desearía matarla por envidia.

La aparición del príncipe y su beso, simbolizan la resolución del conflicto edípico. La niña se da cuenta de que la felicidad en el matrimonio con su padre es imposible, pero tampoco es necesaria, ya que existe un hombre más joven, que la ama apasionadamente y espera en un lugar desconocido para hacerla feliz. La bruja-madrastra no aparece más, ya que carece de importancia, la niña busca su realización fuera de su hogar.

Según el psicoanalista, los niños de ambos sexos se identifican con uno o varios personajes de cada cuento (según el problema por el que estén pasando) y en los ejemplos, gracias al final feliz, adquieren la convicción de que sus propios, y no identificados conscientemente, problemas van a tener un desenlace dichoso siempre y cuando se los afronte con valentía.

Desde este punto de vista, no existe en el mundo otra ayuda tan valiosa como los cuentos de hadas para superar los conflictos internos propios del desarrollo en la edad infantil.

Los cuentos de hadas, en virtud de su carácter abstracto (en el país de nunca-jamás, el protagonista se identifica únicamente por un gorrito (La Caperucita Roja), o por el pequeño tamaño (El Pulgarcito), etc., permiten adaptar a la perfección su contenido a las condiciones concretas de cada uno de sus pequeños lectores u oyentes. El niño se da cuenta de que no es el único en el mundo que pasa por los graves problemas (los del protagonista son mucho peores, ser comido por la bruja, convertido en piedra, y por el estileo), que no es el único que alberga los sentimientos "non sanctos" hacia los padres o hermanos (estos sentimientos encuentran su justificación en el cuento y el niño se salva de sentirse desnaturalizado), pero que todo terminará bien, si se adopta la línea de conducta valerosa y franca (a veces de astucia e ingenio). El niño no se sentirá más solo con su problema, sino que pertenecerá a la categoría de triunfantes héroes. De ahí la insaciabilidad del niño por escuchar una y mil veces el mismo cuento conocido de memoria en los más mínimos detalles, hasta que en el momento menos pensado proclame: "No quiero oír más esta bobada. Me aburre. ¡Cuéntame otro!".

Se le ha sacado toda la ayuda posible al cuento, mientras el problema del niño persistía. Una vez resuelto, el cuento pierde todo interés.

En realidad, el libro de Bettelheim, lo explica mucho mejor que yo y se presta fácilmente a la lectura de no-especialistas.

Otros psicólogos y psicoanalistas difieren en el análisis de los cuentos, pero todos están de acuerdo en cuanto al enorme beneficio emocional que ofrece la literatura infantil a su receptor. Por mi parte, carezco de autoridad para juzgar el psicoanálisis del cuento. Lo único que me consta es el inmenso placer que reciben los niños de la repetición exacta de ciertos cuentos, de la insistencia en algunos minúsculos detalles, así como los recuerdos de la incomparable emoción que me producían algunos cuentos en la infancia.

En todo caso, de lo que sí podemos estar seguros sin lugar a dudas, es de que los cuentos son un recurso educativo y recreativo sin rivales, ya que pocas cosas reciben una aprobación tan unánime por parte de los niños, y si a la vez estas antiguas obras de arte sirven de terapia, tanto mejor. El único que nos puede indicar qué cuento le hace bien, es el niño, y debemos acatar esta indicación sin mínima protesta.

Hemos llegado al tema de la filosofía y la literatura infantil, el cual, como todos los aquí expuestos no es nada sencillo y sufre, me temo, cierta vulgarización por el tratamiento que le estoy dando.

Quisiera separar unos puntos de este tema:

- La preocupación metafísica natural del niño.
- La ética y los valores culturales.
- El humor.

La preocupación filosófica natural en el niño pequeño, es el tema del novedoso e interesante libro de Gareth B. Matthews: "El niño y la filosofía" ⁽⁹⁾. El filósofo y pedagogo norteamericano, sostiene que este aspecto de la vida espiritual del niño, está completamente descuidado, si no ignorado, por los adultos y acusa a Piaget de gravísimos pecados a este respecto. Según Matthews (y estoy completamente de acuerdo) los únicos que se han preocupado, aunque no siempre conscientemente, de dar una visión filosófica de la existencia, son los escritores de libros infantiles.

Si analizamos desde este punto de vista las obras más amadas por los niños, vemos que todas y cada una de ellas en una u otra medida plantean los problemas filosóficos trascendentales: ¿Qué es la muerte?, ¿qué lugar ocupa el ser humano en la naturaleza?, ¿Qué es el pasado, qué es el futuro? Y tantas otras más.

De hecho, los problemas filosóficos preocupan mucho al niño

pequeño, incluso mucho más que a la mayoría de los adultos. Solamente, nosotros en nuestra prepotencia no nos damos cuenta de ello. Todos los que hemos convivido con niños de 3-5 años de edad, conocemos la etapa del ¿por qué?, pero quizás, por la abrumadora cantidad de preguntas, no advertimos que una buena parte de los "por que's" se refieren a los temas metafísicos, que interesan también a los grandes filósofos y científicos.

Si fuéramos menos soberbios, nos percataríamos de que las preguntas como: "¿Dónde estuve antes de nacer?" o "Dices, si me tomo la pastilla, el dolor se irá, ¿a dónde se irá?" o "Si la naranja mientras esté fresca, está viva, entonces ¿comemos seres vivos?" y otras por el estilo, son verdaderas interrogaciones metafísicas.

El humano, a medida que se vuelve humano, necesita construir su sistema filosófico acerca del mundo, necesita saber en qué lugar existe, si existe en realidad, conocer los límites de esa existencia.

Bombardea a los adultos sabelotodo con estas preguntas de vital importancia, pero los adultos, acostumbrados a aceptar las respuestas sin cuestionarlas y creyendo que todo lo del niño pequeño son tonterías, "chiquilladas", contestan "porque sí", "no preguntes bobadas" o "no molestes". Esta perplejidad creativa e investigativa frente al universo, poco a poco se va apagando en el niño y él se convierte en otro adulto más, que no ve más allá de su nariz. Después nos entristecemos porque el hijo no se interesa por la física o biología, ¡pero, cuando se interesaba, le decíamos que no nos molestara!

Dice Matthews, que según los resultados de su investigación, el niño, con raras ¡y felices! excepciones pierde todo interés relativo a los problemas fundamentales de la existencia hacia la edad de 10-11 años. La no pérdida de esta inquietud se debe a una preocupación de los padres por los mismos o a la afición por la literatura infantil, que es la que plantea estos problemas en cada una de sus obras de valor artístico.

Y no podría ser de otro modo. El lector adulto sabe que un libro no es verdadero si no encierra esta preocupación. "Hamlet", "Don Quijote" o "Así hablaba Zaratustra" son geniales también por la profundidad de su contenido filosófico y yo estoy convencida de que la genialidad de "Simbad el Marino" o "La Reina de las Nieves" se debe a la misma causa. Son libros filosóficos accesibles inclusive para los niños. No en vano "Los viajes de Gulliver", que plantea el problema de la relatividad, o "Robinson Crusoe", que habla de la relación hombre-naturaleza, aunque escritos exclusivamente para adultos, se convirtieron en los clásicos infantiles. Y, cuando se trata de

un libro de aventuras, que aparentemente no tienen nada que ver con la metafísica, recordemos que la propia aventura es una posición filosófica frente a la vida.

Quiero dar algunos ejemplos de los pasajes más elocuentes en este aspecto:

“—Ves. Momo —le decía, por ejemplo—, las cosas son así: a veces tienes ante ti una calle larguísima. Te parece tan terriblemente larga, que nunca crees que podrás acabarla... Y entonces te empiezas a dar prisa, cada vez más prisa. Cada vez que levantas la vista, ves que la calle no se hace más corta. Y te esfuerzas más todavía, empiezas a tener miedo, al final estás sin aliento. Y la calle sigue estando por delante.

Así no se debe hacer...

Nunca se ha de pensar en toda la calle de una vez ¿entiendes? Sólo hay que pensar en el paso siguiente, en la inspiración siguiente, en la siguiente barrida. Nunca nada más que en la siguiente... Entonces es divertido, eso es importante, porque entonces se hace bien la tarea. Y así ha de ser...

De repente se da uno cuenta de que, paso a paso, se ha barrido toda la calle. Uno no se da cuenta cómo ha sido, y no se está sin aliento. Eso es importante”*.

O “Nos he reconocido... Eso ocurre, a veces... a mediodía... cuando todo duerme en calor... El mundo se vuelve transparente... Como un río, ¿entiendes?... Se puede ver el fondo...

Hay allí otros tiempos, allí al fondo”. (Ibidem).

O “El comendador Mambretti, es el dueño de una fábrica de accesorios para sacacorchos en Capri, provincia de Módena. Posee treinta automóviles y treinta pelos.

—Cuántos automóviles —dice la gente.

—Qué pocos pelos —suspira el comendador Mambretti. No se sabe por qué; al fin y al cabo, treinta es igual a treinta, ¿no?**.

Como vemos, no es imprescindible un lenguaje difícil para hablar de cosas importantes. Y los libros infantiles hablan sin bastar-

* ENDE, Michael. “Momo”... Madrid, Alfaguara, 1983, p. 39.

** RODARI, Gianni. Cuentos escritos a máquina. Madrid, Alfaguara, 1982. p. 31.

dear ni simplificar el problema de los temas tales como "¿qué es el tiempo?", "¿qué es el amor?", "¿para qué se vive?", "¿es el universo finito o infinito?" y tal vez el más frecuente "¿qué es el bien, qué es el mal?".

Precisamente en este campo la literatura infantil ha contado con los enemigos más encarnizados. Hace varios siglos, lo mismo que hoy, hay gente que ataca los valores morales expresados en los cuentos de hadas. Irónicamente, en el siglo XVIII se los condenaba por obscenos, hoy en día, moralistas de otra índole los rechazan por capitalistas, feudelistas, clasistas, foráneos, etc., etc., etc., etc.

No hay peligro de que la vitalidad de los cuentos de hadas se mine por estas acusaciones, pero sí puede haber daño para un niño, cuyos crédulos padres o maestros lo priven de los cuentos con base en estas incriminaciones. El mayor oponente de los cuentos tradicionales aquí es Hugo Cerdá, con su libro "La literatura infantil y la lucha de clases" (4).

Francamente, el libro carece de fondo hasta tal punto que no vale la pena detenernos en él, además, ya hemos comentado algunas de esas acusaciones, cuando hablamos de los valores estéticos. Sin embargo, llama la atención uno de los reproches: que los cuentos tradicionales presentan la riqueza como la única felicidad. Esto es absolutamente falso. Si bien es cierto que muy a menudo el final feliz incluye la posesión de fabulosos tesoros, la adquisición de la riqueza siempre se da al héroe o heroína en premio por añadidura a otras cosas —amor, liberación, independencia (reino), la recuperación de los padres, etc.—. El protagonista nunca se propone ser rico, todo lo contrario, se le premia con riqueza por generoso y altruista.

Incluso en los cuentos picarescos lo que mueve al pillo es el deseo de castigar al deshonesto, al abusivo, o, simplemente probar su ingenio. No hay rasgo humano que los cuentos condenen más, que la avaricia y la soberbia.

Es curioso que los cuentos tradicionales, aunque cuenten con más de mil años de edad, básicamente contienen los valores morales que nosotros aceptamos y tratamos de inculcar a nuestros hijos hoy. Más aún, algunos de los valores éticos de estos cuentos, los estamos apenas descubriendo para nosotros.

Actualmente, cuando la inmensa crisis de la sociedad colombiana les priva del apoyo de valores morales (y los antropólogos dicen que esto significa la agonía de la cultura, y ellos saben lo que dicen), estamos en una situación verdaderamente lamentable como pedagogos. Los valores cristianos, que hasta hace poco regían la vida, cuen-

tan muy poco para los jóvenes; los valores modernos, basados en los descubrimientos de las ciencias, todavía no han entrado en vigencia. El único valor que queda se expresa en dólares y pesos. Esta única causa es capaz de convertir la vida humana en completa miseria, no importa si está rodeada de lujo.

Con asombro observamos que los nuevos valores, basados en la comprensión científica del mundo (por ejemplo: la tierra no es inagotable, si el hombre rompe el equilibrio, la tierra puede no restablecerlo), son los mismos que el cuento infunde por siglos:

- “El hermano menor vio que la hormiga estaba herida y la puso fuera del camino, para que el caballo no la aplastara.
- Gracias príncipe —dijo la hormiga—, sabré pagarte tu bondad”.

Realmente, la ética del cuento tradicional es humanista hasta tal punto, que se le permite incluso cierta crueldad y de todos modos es inobjetable para una persona razonable. Y la literatura moderna es de entera responsabilidad de sus autores.

Otra acusación muy frecuente es el “caracter foráneo” o el “extranjerismo” del cuento clásico. Por culpa de poco estudio y mucha pasión, dichos fiscales sostienen que los cuentos clásicos son europeos, generalmente franceses o alemanes y dieciochescos (son realmente, de todas las culturas europeas, asiáticas y africanas y cuentan con miles de años) y que hay que ofrecer a los niños colombianos la literatura propia, la nuestra.

Nadie más que yo está de acuerdo con que un pueblo, y una sociedad muy joven (de los menores de 12 años) tengan el derecho de ver reflejada su tierra, su vivir en el arte literario, pero de ahí a condenar a los niños a una dieta de doce obras, la mitad de ellas de baja calidad, porque las buenas son “foráneas” hay mucha distancia. La conquista destruyó todos los valores amerindios, la misma conquista nunca inspiró a nadie a convertirla en el cuento de hadas, apenas hoy se hacen los primeros esfuerzos en esta dirección. Los principales pilares de la cultura fueron traídos de Europa —el idioma, la religión, el matrimonio— (y el folclor, los mitos de la Madre Monte, lo mismo que el vallenato, es el desarrollo local del folclor europeo).

Cada uno de estos defensores de lo nacional se educó y lee (si lee) libros de todas partes, ¿por qué, entonces, los niños deben leer únicamente lo colombiano? Y eso que la literatura “adulta” de Colombia tiene un nivel muy alto, y la infantil tan bajo. Pues, por la misma razón de siempre: que los niños deben hacer lo más desagra-

dable, con tal de que a nosotros nos parezca bien, aunque para nosotros no lo querramos.

Para calmar el fervor nacionalista se puede asegurar que el cuento, digamos, de "La Cenicienta" es tanto francés, como chino o egipcio, y, como todos, transcurre en el país de nunca jamás, en la mitad de ninguna parte, y eso había una vez.....

Evidentemente, por mucho que yo ame la literatura infantil, sería demasiado ingenua si creyera que ella sola arreglaría el problema moral que agobia a Colombia. De modo alguno sería ello posible, pero, para las condiciones menos desfavorables, la enseñanza moral del arte sería una valiosa ayuda educativa. El cuento no le impone al niño ninguna moral, sino que le ofrece ejemplos de diferentes tipos de conducta. Y como siempre los buenos son los simpáticos, y los malos antipáticos, el niño identificándose con el héroe atractivo termina pareciéndose al bueno. El cuento no obliga a nada, el niño escoge a quién parecerse. El final feliz para el bueno y el desdichado para el malo corrobora la certeza de tal elección.

Los valores que ensalzan todos los cuentos del mundo son los mismos, los nuestros —la valentía, la generosidad, el ingenio, la laboriosidad, la humildad—. Es realmente ridícula la acusación de ser "foráneos" que hacen algunos nacionalistas a los cuentos de Andersen o Perrault. Siguiendo esta línea, deberíamos dividir los cuentos por departamentos, "valores antioqueños, costeños, llaneros", después por municipios, veredas, barrios, etc. La muralla china no dio un resultado digamos que muy bueno ni en China, y menos razones hay para imitarla aquí y hoy. La verdadera literatura infantil nacional puede aparecer únicamente si entre otras condiciones, se cumple la de que el futuro escritor quede en deuda con la literatura infantil de alta calidad, o sea en primer lugar con los Grimm, con "Las mil y una noches", con Anderson, con Carroll y otros grandes del universo de los niños.

Y, por último, existe en la literatura infantil un valor ético y filosófico único en su género, es el de reconocer en el lector, en el niño, un ser humano completo con todas las cualidades y defectos de una persona, y sobre todo, una persona especial, particular, en mucho distinta al adulto (claro, aquí me refiero exclusivamente a la verdadera literatura y no a las obras inspiradas en buenos propósitos de la didáctica o moral de turno).

Veámos: el niño ocupa hoy, casi en todos los países del mundo, un lugar muy importante en la economía. Y no me refiero al niño-trabajador, que desde el punto de vista social es un adulto muy joven

y débil, sino al niño consumidor. Hay ropa para niños, comida, juguetes, lugares, revistas, películas, etc., etc. Todos los días se inventa otro embeleco. Al niño por todos los medios posibles se le convence de que la felicidad consiste en comer yupis, papitas, tomar tal refresco (a propósito, los pediatras, cosa extraña, no prohíben estas propagandas, como se prohibieron propagandas de cigarrillos). Se le dice al niño que hay que estar a la moda con tal ropa o tales zapatos. Las películas, con rarísimas excepciones, varían entre la bobaliconería de pájaro loco, que representa el mundo como un lugar donde lo divertido es dar los más crueles golpes uno a otro, y la melosidad de lo que los adultos consideran como la fantasía infantil, como "ver un elefante volar, un pingüino comer helado de curuba, etc."

Realmente, la persona menor de doce años, parece no tener para este arte de consumo ningún problema excepto el de la nota escolar o la adquisición de un juguete. Y la vida ya es dura y a veces terrible a esta edad. Los psicólogos lo saben mejor que yo. Y ya hemos hablado de ello. Pero quisiera destacar que el hecho de reconocer que los problemas de esta edad (y ni hablar de los gaminos o niños maltratados), hasta para un niño afortunado, no son menos importantes que los problemas de las personas de 30 años, es en sí un gran valor moral. Y la única que lo reconoce es la literatura infantil.

Y ahora pasemos al humor, abordándolo como postura filosófica frente a la vida, como la capacidad de distanciarse de sí mismo y de los demás y echar otra mirada, distinta, a las situaciones, sobre todo desagradables.

Cada ser humano nace con esta capacidad, y ella, como todas, si no se cultiva, se atrofia. Hay culturas donde el humor es altamente apreciado y casi todos son humoristas. El ejemplo más claro es Inglaterra y no es casual que su literatura, incluyendo la infantil, sea la más humorística; prácticamente la literatura para los más pequeños es toda humor, nonsense.

Hay otras culturas —desafortunadamente la nuestra incluida—, donde el humor, aunque se aprecie por el consumidor, se estimula tan poquito que el único camino de provocar risa es aludir a las situaciones eróticas, donde el regocijo es provocado no por la ingenuidad y finura, sino por el atrevimiento del chistoso (Freud lo explica mucho mejor que lo que yo pueda intentar).

El así llamado "Festival Latinoamericano del Humor" que acabamos de presenciar, es un triste ejemplo de ello. ¿Y qué pasó con la deliciosa finura de Carrasquilla o Marroquín? Me es difícil decir que pasó hace 80 años, pero sé lo que pasa ahora. El humor se aho-

ga en embrión en los niños que lo quieren hacer. El trascendentalismo de los adultos con respecto a los niños es tremebundo, el único que se admite es el más bobo —del pájaro loco, o de Popeye—. El niño que diga a su mamá el clásico: “Dáme la mano huele a marrano” se expone si no a una tanda de bofetadas, a una severa reprimenda. Lo que pasa es que el niño disfruta muchísimo de lo cómico, y más que todo del humor verbal, pero si no se le enseña, no sabe él solo crear los juegos de palabras divertidas. Y en Colombia no sólo no se le enseña, sino se lo castiga por ello, tanto en casa como en la escuela. Se le enseña a mirar la vida únicamente en serio, por no decir trágicamente. En una palabra se le enseña la amargura.

Hasta los padres amorosos parecen no darse cuenta de que la postura humorística es muy sana y que el sentido del humor es lo opuesto al resentimiento. Poder reír, y sacar gusto de ello, para no llorar, es la medicina más eficaz contra los golpes de la vida.

¡Qué bueno sería proveer de ella a nuestros hijos! Recuerdo una investigación sobre el tema, hecha por los sicólogos soviéticos (desafortunadamente no tengo datos más concretos). Después de estudiar las personalidades de los criminales famosos, se determinó que ellos carecían del sentido del humor por completo, lo que no quiere decir que una persona sin sentido de humor tiene que ser criminal, pero sí que una con sentido del humor desarrollado, no puede serlo. No puede porque no tiene necesidad, no tiene suficiente rabia, suficiente odio para causar daño a alguien, sea a una persona o a toda una sociedad. Aquí, aunque carezcamos de base científica, claramente podemos entenderlo. Si yo caigo y me lastimo algo, pero a la vez ello me parece muy cómico y me río, no abrigaré deseos de venganza contra el verdadero o supuesto culpable de mi caída. Pero, por desgracia, casi siempre, se ríen todos, menos el que cae. Y la risa es un arma terrible, en la historia de la literatura reconocida como la más poderosa de todas, y si el caído no tiene suficiente sentido del humor para verse a sí mismo desde fuera, queda el más adolorido en alma y cuerpo, el más resentido no sólo contra el que lo hizo caer, sino también contra los que reían. Con eso, no quiero decir que el sentido del humor sustituirá la comida para los que mueren de inanición, pero sí que aliviaría muchísimo la existencia en situaciones menos extremas.

Y, otra vez, si el niño no tiene la fortuna de pertenecer a una familia de humoristas, la única fuente de humor verdadero es la literatura infantil, uno de cuyos presupuestos es el humor. Hasta los escritores muy serios, si les gustan a los niños, es porque incluyen el ingrediente del humor en sus obras. Por ejemplo, Andersen o En-

de, con su delicado humor filosófico. ¡Y qué decir de los genios de humorismo como Rodari, Dahl o Milne!

—“¿Y tú cómo estás? —preguntó Winnie.

Igore meneó la cabeza

—No muy cómo —dijo—. Me parece que llevo mucho, mucho tiempo sin sentirme como...”.*

“Allá, arriba, allá arriba, entre los montes de la Tolfa, donde las setas son siempre robellones y las castañas nunca tienen gusanos; pero a veces también allá abajo, abajo, en la llanura de las Babosas, donde las aguas de Mignone vagan sin una idea concreta, merodea un solitario cowboy. Es Bill el Oriolés, así apodado, porque es hijo de un ganadero de Oriolo Romano.

Los tolfetanos, por evidentes razones, le llaman el forastero. Pero su verdadero nombre de batalla es Piano Bill!

Oís en el aire las célebres notas de la ‘Canción de la Zorra’ del ‘Microcosmos’ de Bela Bartok, número 95, volumen tercero página 44.

Es Bill quien la toca en su fiel piano. Juntos escalan las laderas del Monte Tosto, o acampan allá, hacia la Ribera Roja, donde de nuevo vagan revueltas las aguas del Mignone.

Juntos cabalgan, Bill delante en su caballo blanco, el piano detrás en su caballo negro Pianoforte Bill. Cuando se detienen por la noche el solitario cowboy, antes aún de montar la tienda y de encender el fuego para mantener a distancia a los sheriffs, descarga el piano e inicia fugazmente las treinta y tres variaciones de Beethoven sobre un vals de Diabelli.

Los campesinos del valle, mientras se van a cama, se dicen unos a otros: —Ahí está Piano Bill que inicia fugazmente las treinta y tres variaciones. Excelente pulsación...”**.

Prácticamente, la mitad de lo que se dice en los libros infantiles, se dice en broma, sólo que para darse cuenta de ello hay que haber entrenado en cierta agudeza mental, un excelente ejercicio para los jóvenes.

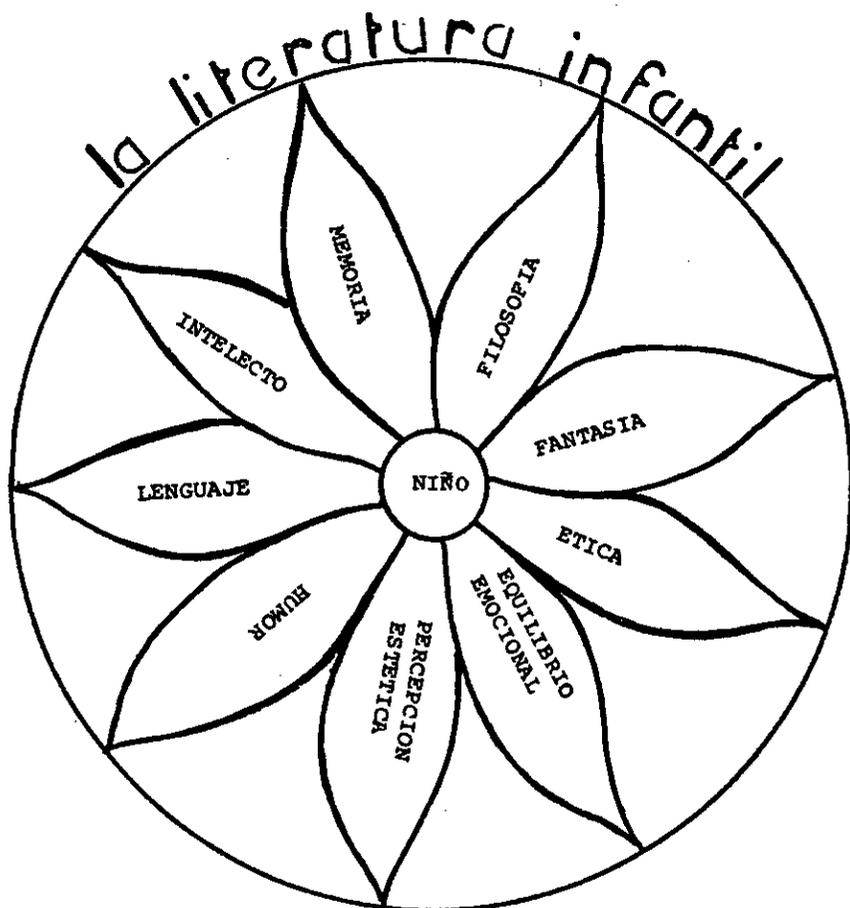
El tema del humor es tan atractivo, que debo terminarlo ya, sino, no terminaré nunca, puesto que apenas pienso en un libro,

* MILNE, A. A. “El Osito Winnie Pu”. Ed. Bruguera, Barcelona, 1975-221. p. 66.

** RODARI, Gianni. Op. cit. p.p. 131-132.

me parece que sus ejemplos de humor son todavía mejores que los del anterior...

En fin, hemos hablado de la literatura infantil como de una fuente de riquezas para la formación de la personalidad, que abarca todas sus esferas. En un esquemita primitivo podría verse así:



Me resultó como una flor a causa de mi torpeza para dibujar, pero el resultado es afortunado en cuanto al símbolo.

Para terminar quiero decir que, aunque este artículo trasluzca mi escandalosa y atrevida ignorancia en las esferas de la psicología, antropología, neurolingüística, filosofía, psicoanálisis, sociología y todas las demás, tal vez no importe mucho. En primer lugar, puede inducir a los conocedores de estas admirables ciencias a prestar ma-

yor atención a la literatura infantil y, en segundo lugar, creo que todo el ensayo podría muy bien reducirse a una frase:

La literatura infantil es factor de personalidad porque es alta expresión del arte y el arte es el único camino verdadero para llegar a comprender el mundo y encontrar su lugar en él.

BIBLIOGRAFIA

- BETTELHEIM, Bruno y KAREN Zelan.
Aprender a leer / Bruno Bettelheim y Karen Zelan. -- Barcelona: Crítica, 1983. -- 294 p.
- BETTELHEIM, Bruno.
Psicoanálisis de los cuentos de hadas / Bruno Bettelheim. -- Barcelona: Crítica, 1981. -- 463 p.
- HELD, Jacqueline.
Los niños y la literatura fantástica / Jacqueline Held. -- Barcelona: Paidós, 1981. -- 188 p.
- CERDA, Hugo.
La literatura infantil y clases sociales / Hugo Cerdá. -- Bogotá: Cruz del Sur, 1975. -- 206 p.
- LURIA, A. R.
Conciencia y lenguaje / A. R. Luria. -- Madrid: Pablo del Río, 1980. -- 286 p.
- MATTEWS, Gareth, B.
El niño y la filosofía / Gareth B. Matthews. -- México: Fondo de Cultura Económica, 1980. -- 149 p.
- SORIANO, Marc.
Los cuentos de Perrault, erudición y tradiciones populares. -- México: Siglo veintiuno, 1975. -- 519 p.